



Fernán Pérez de Oliva

Diálogo de la dignidad del hombre

Argumento del Diálogo de la dignidad del hombre

Yéndose a pasear Antonio a una parte del campo donde otras muchas veces solía venir, le sigue Aurelio, su amigo; y preguntándole la causa por que acostumbrava venirse allí comiençan a hablar de la soledad. Y tratando por qué es tan amada de todos, y más de los más sabios, entre otras razones Aurelio dize que por el aborrescimiento que consigo tienen los hombres de sí mismos por las miserias y trabajos que padescen aman la soledad. Pareciendo mal esta razón a Antonio, por no aver criatura más excelente que el hombre ni que más contentamiento deva tener por aver nascido, dize que le provará lo contrario. Y así determinados de disputar de los males y bienes del hombre, para más a plazer hazerlo, se van hazia una fuente. Junto a ella hallan un viejo muy sabio llamado Dinarco con otros estudiosos, y entendiendo la contienda y constituido por juez della manda a Aurelio que hable primero y luego Antonio diga su parescer. Aviéndoles oído Dinarco, juzga en breve de la dignidad del hombre lo que con verdad y christianamente devía, aviendo sustentado Aurelio lo que los gentiles comúnmente del hombre sentían.

INTERLOCUTORES

AURELIO.

ANTONIO.

DINARCO.

AURELIO.- Viéndote salir, Antonio, oy de la cibdad, te he seguido hasta ver este lugar do sueles tantas vezes venir a pasearte solo, porque creo que digna cosa será de ver lo que tú con tal costumbre tienes aprovado.

ANTONIO.- Este lugar, Aurelio, nunca fue tal ni de tanto precio como es agora que eres tú venido a él.

AURELIO.- Nadie puede darle mejoría siendo de ti anticipado.

ANTONIO.- No quiero responderte, por no darte ocasiones de lisongearme, sino quiero mostrarte lo que eres venido a ver. Mira este valle cuán deleitable parece, mira esos prados floridos y estas aguas claras que por medio corren; verás esas arboledas llenas de ruiseñores y otras aves que con su vuelo entre las ramas y su canto nos deleitan, y entenderás por qué suelo venir a este lugar tantas vezes.

AURELIO.- Hermoso lugar es éste, y digno de ser visto, pero yo sospecho, Antonio, que otra cosa buscas tú o gozas en este lugar, porque según tú eres sabio y de más altos pensamientos bien sé que esas cosas sensuales ni las amas ni las procuras; por eso yo te ruego no me encubras las causas de tu venida.

ANTONIO.- Pues así lo quieres, sabe que en estos valles mora una que yo mucho amo.

AURELIO.- Agora veo, Antonio, que has gana de burlarme. Dime, yo te ruego, ¿qué tienen que hazer los amores con tu gravedad, o las vanidades con tu sabiduría?

ANTONIO.- Verdaderamente, Aurelio, así es como te digo, que en aqueste valle mora una sin la cual yo por la vida me daría poco.

AURELIO.- Grande deve ser su bondad y hermosura pues a ti, que menosprecias el mundo y sus deleites, te trae tan enamorado, con cobdicia de verla o alcanzarla. Dime al menos su nombre, si por celos no me la quieres mostrar.

ANTONIO.- Soledad se llama.

AURELIO.- Yo bien sabía, Antonio, que algún misterio tenían tus amores. Ésa tiene otros muchos amadores, como sabes, y pues es así, yo te ruego que me declares cuál es la causa, a tu parescer, por que los hombres aman la soledad y tanto más cuanto son más sabios.

ANTONIO.- Porque cuando a ella venimos alterados de las conversaciones de los hombres donde nos encendimos en vanas voluntades, o perdimos el tino de la razón, ella nos sosiega el pecho y nos abre las puertas de la sabiduría para que, sanando el ánimo de las heridas que rescibe en la guerra que entre las

contienda de los hombres trae, pueda tomar entero a la batalla. Ninguno ay que viva bien en compañía de los otros hombres si muchas veces no está solo a contemplar qué hará acompañado; porque como los artífices piensan primero sus obras que pongan las manos en ellas, así los sabios antes que obren han de pensar primero qué hechos han de hazer, y cuál razón han de seguir. Y si esto consideras, verás que la soledad es tan amable, que devemos ir a buscarla doquiera que la podamos hallar.

AURELIO.- Bien veo, Antonio, que ay esos provechos que dizes de la soledad, pero yo tengo creído que otra causa mayor ay.

ANTONIO.- ¿Qué causa puede aver mayor?

AURELIO.- El aborrescimiento que cada hombre tiene al género humano por el cual somos inclinados a apartarnos unos de otros.

ANTONIO.- ¿Tan aborrescibles te parecen los hombres que aun ellos mismos por huir de sí busquen la soledad?

AURELIO.- Parésceme tanto, que cada vez que me acuerdo que soy hombre querría o no aver sido, o no tener sentimiento dello.

ANTONIO.- Maravíllome, Aurelio, que los autores excelentes que acostumbras a leer, y los sabios hombres que conversas, no te ayan quitado de ese error.

AURELIO.- Mas antes éstos me han puesto en este parecer; porque, mirando yo a ellos como a principales del género humano, nunca he visto cosa por do tuviese esperanza que pueda venir el hombre a algún estado donde no le fuera mejor no ser nascido.

ANTONIO.- Grande me parece éste tu error, y no digno de tal persona como tú. Si te plaze, disputarlo hemos aquí, cabe una fuente sentados, que yo confío de hazerte mudar este parecer.

AURELIO.- Tú me guía, que yo te seguiré, mas no con esperanza de lo que prometes; porque yo tengo tan miradas las miserias de los hombres, que pienso que en lugar de quitarme mi propósito me confirmarás en él, porque, viéndote vencido en tal contienda, terné confianza que nadie se me podrá defender.

ANTONIO.- No han menester amenazas los que tienen las armas en la mano y el campo libre. Ya nosotros estamos cerca de nuestro asiento, allí mostrarás cuánto puedes. Pero gente veo entre los árboles, temo que nos estorven.

AURELIO.- Dinarco es el que está sentado cabe la fuente, y los otros que con él están son los hombres buenos amadores de saber que lo siguen siempre.

ANTONIO.- Pues éstos no serán estorvo, antes he gran plazer que estén aquí porque Dinarco sea nuestro juez, al cual yo doy la ventaja de todos nuestros tiempos así en virtud como en letras.

AURELIO.- Y los otros serán nuestros oyentes. Llegemos a él, que visto nos ha.

ANTONIO.- Muchas veces, Dinarco, he holgado de venir a esta fuente, mas no tanto como agora que la hallo tan bien acompañada; si ella estuviese siempre así no avría para mí lugar más deleitable.

DINARCO.- Con vosotros tiene tan buena compañía, que no se deve desear mejor.

ANTONIO.- No está bien acompañada sino una fuente con otra: ésta es

fuelle de agua clara y tú eres fuente de clara sabiduría, así que sois dos fuentes bien ayuntadas para entera recreación del ánima y del cuerpo.

DINARCO.- Mejor haze Aurelio en no dezirme nada, que tú, Antonio, en saludarme con tanto amor, que no curas de poner medida en tus palabras.

AURELIO.- Yo no dexo de ayudar a Antonio, sino porque no sabré dezir cosas iguales a tu merescimiento.

DINARCO.- Mejor será sufriros, pues defenderme es incitaros. Agora dezid qué ocasión os ha traído por acá.

ANTONIO.- Gana de hablar en una disputa que avíamos començado.

DINARCO.- ¿Qué disputa es?

ANTONIO.- Sobre el hombre es nuestra contienda, que Aurelio dize ser cosa vana y miserable y yo soy venido a defenderlo; y querémoste rogar tú seas nuestro juez, a quien todos con muncha razón acatan por sabio principal.

DINARCO.- Yo quisiera ser merescedor de la estima en que me tenéis, por cumplir vuestra voluntad como deseo. Pero, de cualquier manera que sea, yo y estos mis amigos holgaremos de oír tan buena disputa, y yo confío tanto de vuestros ingenios y saber, que no se os esconderán las razones que para esta contienda oviéredes menester; de donde yo pienso quedar tan instruido, que avré cobrado aviso para no errar en la sentencia.

ANTONIO.- Pues tú nos muestra la manera que devemos tener en esta disputa.

DINARCO.- Porque no se confundan vuestras razones, me parece que cada uno diga por sí su parecer entero. Tú, Aurelio, dirás primero, y después te responderá Antonio; y así guardaréis la forma de los antiguos oradores, en cuyas contiendas el acusador era el primero que dezía, y después el defensor.

AURELIO.- Pues vosotros os sentad en esos céspedes, y yo en este tronco sentado os diré lo que me parece.

DINARCO.- Sentáos todos, de manera que podáis tener reposo.

AURELIO.- Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por la cual no pueden comprehender las cosas como son en la verdad; pero quien bien considerare los daños de la vida, y los males por do el hombre pasa del nascimiento a la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual bivimos los pocos días que duramos como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor, que si tal conoscimiento de nuestras cosas tuviésemos cómo ellas son malas, con mayor voluntad desearíamos la muerte que amamos la vida.

Por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido que no viérades la miseria de nuestra humanidad, ni sintiérades la fortuna, su atormentadora; pero pues por vuestra voluntad que grande mostráis de saber lo que del hombre siento, soy yo casi compelido a hazeros esta habla, si por ventura mis palabras fueren causa que rescebáis dolor cual ante no avíades sentido, vosotros tenéis la culpa, que mandáis aquesto a quien no puede dexar de obedesceros.

Oíd pues, señores, atentos, y hablaros he en esto que mandáis, no según que pertenesce para ser bien declarado (porque a esto no alcanza la flaqueza del entendimiento, aunque sólo es agudo en sentir sus males), sino hablaré yo en ello según la experiencia que podemos alcanzar en los pocos días que bivimos, de tal manera que el tiempo baste, y la paciencia que para oír tenéis aparejada.

Primeramente considerando el mundo universo, y la parte que dél nos cabe, veremos los cielos hechos morada de espíritus bienaventurados, claros y adornados de estrellas luzientes, muchas de las cuales son mayores que la tierra; donde no ay mudança en las cosas ni ay causas de su detrimento, mas antes todo lo que en el cielo ay persevera en un ser constante y libre de mudança. Debaxo suceden el fuego y el aire, limpios elementos que resciben pura la lumbre del cielo.

Nosotros estamos acá, en la hez del mundo y su profundidad, entre las bestias, cubiertos de nieblas, hechos moradores de la tierra do todas las cosas se truecan con breves mudanças; comprehendida en tan pequeño espacio, que sólo un punto parece comparada a todo el mundo, y aun en ella no tenemos licencia para toda. Debaxo las partes sobre que se rodea el cielo nos las defiende el frío en muchas partes; los ardores, las aguas en muchas más; y la esterilidad también haze grandes soledades, y, en otros lugares, la destemplança de los aires.

Así que de todo el mundo y su grandeza estamos nosotros retraídos en muy chico espacio, en la más vil parte dél, donde nascemos desproveídos de todos los dones que a los otros animales proveyó naturaleza. A unos cubrió de pelos, a otros de pluma, a otros de escama y otros nascen en conchas cerrados; mas el hombre tan desamparado, que el primer don natural que en él hallan el frío y el calor es la carne. Así sale al mundo como a lugar estraño, llorando y gimiendo como quien da señal de las miserias que viene a padecer. Los otros animales, poco después de salidos del vientre de su madre, luego como venidos a lugar proprio natural, andan los campos, pascen las yervas y, según su manera, gozan del mundo; mas el hombre muchos días después que nasce ni tiene en sí poderío de moverse, ni sabe do buscar su mantenimiento, ni puede sufrir las mudanças del aire; todo lo ha de alcanzar por luengo discurso y costumbre, do parece que el mundo como por fuerça lo rescibe y naturaleza, casi importunada de los que al hombre crían, le da lugar en la vida, y aun entonces le da por mantenimiento lo más vil. Los brutos, que la naturaleza hizo mansos, biven de yervas y simientes y otras limpias viandas; el hombre bive de sangre, hecho sepultura de los otros animales.

Y si los dones naturales consideramos, verlos hemos todos repartidos por los otros animales: muchos tienen mayor cuerpo do reine su ánima, los toros mayor fuerça, los tigres ligereza, destreza los leones y vida las cornejas. Por los cuales exemplos, y otros semejantes, bien parece que deve ser el hombre animal más indigno que los otros, según naturaleza lo tiene aborrescido y desamparado; y pues ella es la guarda del mundo que procura el bien universal, creíble cosa es que no dexara al hombre a tantos peligros tan

desproveído, si él algo valiera para el bien del mundo.

Las cosas que son de valor éstas puso en lugares seguros, do no fuesen ofendidas: mirad el sol dónde lo puso, mirad la luna y las otras lumbres con que vemos; mirad dónde puso el fuego por ser el más noble de los elementos. Pues a los otros animales, si no los apartó a mejores lugares, armólos a lo menos contra los peligros deste suelo: a las aves dio alas con que se apartasen dellos; a las bestias les dio armas para su defensa, a unas de cuernos y a otras de uñas y a otras de dientes; y a los peces dio gran libertad para huir por las aguas. Los hombres sólo son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños: perezosos en huir y desarmados para esperar.

Y aun sobre todo esto naturaleza crió mil ponçoñas y venenosos animales que al hombre matasen, como arrepentida de averlo hecho. Y aunque esto no uviera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud. Primeramente la discordia de los elementos tenemos nosotros en los cuatro humores que entre sí pelean: cólera con flema, y sangre con melancolía; de los cuales si alguno vence, como es fácil cosa, desconcierta toda la templança humana y da la puerta a mil enfermedades. De manera que nuestros humores mismos, en que está la vida fundada, nuestros enemigos son que entre sí pelean por nuestra destrucción.

Agora, pues, ¿qué diré de tantas menudas canales como ay en nuestro cuerpo, por do anda la sangre y los espíritus de vida que siendo alguna dellas rota o estorvada se pierde la salud? ¿Qué diré de la flaqueza de los ojos y de sus peligros, estando en ellos el mayor deleite de la vida? ¿Qué diré de la blandura de los niervos, de la fragilidad de los huesos? ¿Qué diré, sino que fuimos con tanto artificio hechos porque tuviésemos más partes do poder ser ofendidos?

Y aun en esta miserable condición que pudimos alcançar bivimos por fuerça, pues comemos por fuerça que a la tierra hazemos con sudor y hierro, porque nos lo dé; vestímonos por fuerça que a los otros animales hazemos, con despojo de sus lanas y sus pieles, robándoles su vestido; cubrímonos de los fríos y las tempestades con fuerça que hazemos a las plantas y a las piedras, sacándolas de sus lugares naturales do tienen vida. Ninguna cosa nos sirve ni aprovecha de su gana, ni podemos nosotros bivar sino con la muerte de las otras cosas que hizo naturaleza: aves, peces y bestias de la tierra, frutas y yervas y todas las otras cosas perescen para mantener nuestra miserable vida, tanto es violenta cosa y de gran dificultad poderla sostener.

Harto serían grandes causas y bastantes éstas que dichas tengo para conoscer cuál es el hombre, sino que bien veo que está Antonio considerando cómo yo he mostrado las miserias del cuerpo, a las cuales él después querrá oponer los bienes que suelen dezir del alma. Agora, pues, Antonio, porque ninguna parte del hombre te quede do yo no te aya anticipado, quiero mostrar en el alma mayores males que para el cuerpo ay. Ya tú bien sabes cómo el alma nuestra su principal asiento tiene en el cerebro, blando y fácil de corromper;

y cómo en unas celdillas dél, llenas de leve licuor, haze sus obras principales con ayuda de los sentidos por do se le trasluzen las cosas de fuera; y sabes también cuán fácil cosa sea embotarle o desconcertarle éstos sus instrumentos, sin los cuales ninguna cosa puede.

Los sentidos de mil maneras perescen, y, siendo estos salvos, otras causas tenemos dentro que nos ciegan y nos privan de razón: si el estómago abunda de vapores, luego ellos redundan a las partes del cerebro y enturbian los lugares que ha menester el alma tener puros; si se inflaman las entrañas, con el ardor se engendra frenesía; y si el corazón es por de fuera tocado de sangre, suceden desfallescimiento y tinieblas obscuras do el alma se olvida de todas las cosas.

Pero ¿qué es menester provarlo con estas cosas que están más apartadas, pues la mesma ánima con sus obras más excelentes se destruye? Bien sabemos que en altas imaginaciones metidos muchos han perdido el seso, y que desta manera no podemos meter nuestra alma en hondos pensamientos sin peligro de su perdición. Mas pongamos agora que todas estas cosas no le empezcan, y que persevere tan perfecta y tan entera como puede según naturaleza; y consideremos primero cuánto vale el entendimiento, que es el sol del alma que da lumbre a todas sus obras.

Éste, si bien miráis, aunque es alabado y suele por él ser ensallado el hombre, más nos fue dado para ver nuestras miserias que para ayudamos contra ellas: éste nos pone delante los trabajos por do avemos pasado; éste nos muestra los males presentes y nos amenaza con los venideros antes de ser llegados. Mejor fuera, me parece, carecer de aquesta lumbre, que tenerla para hallar nuestro dolor con ella; principalmente pues tan poco vale para enseñamos los remedios de nuestras faltas.

Que aunque algunos piensan que vale más nuestro entendimiento para la vida que la ayuda natural que tienen los otros animales, no es así, pues nuestro entendimiento nasce con nosotros torpe y obscuro, y antes que convalezca son pasadas las mayores necesidades de la vida por la flaqueza de la niñez y los ímpetus de juventud, que son los que más han menester ser con la razón templados. Entonces ya puede algo el entendimiento cuando el hombre es viejo y vezino de la sepultura, que la vida lo ha menos menester; y aun entonces padesce mil defectos en los engaños que le hazen los sentidos.

Y también porque él, de suyo, no es muy cierto en el razonar y en el entender, unas vezes siente uno y otras vezes el mesmo siente lo contrario, siempre con dubda y con temor de afirmarse en ninguna cosa; de do nasce, como manifiesto vemos, tanta diversidad de opiniones de los hombres, que entre sí son diversos. Por lo cual yo muchas vezes me duelo de nuestra suerte, porque teniendo nosotros en sola la verdad el socorro de la vida, tenemos para buscarla tan flaco entendimiento que, si por ventura puede el hombre alguna vez alcançar una verdad, mientras la procura, se le ofresce necesidad de otras mil que no puede seguir.

Mejor están los brutos animales proveídos de saber, pues saben desde

que nascen lo que han menester sin error alguno: unos andan, otros buelan, otros nadan guiados por su instinto natural. Las aves, sin ser enseñadas, edifican nidos, mudan lugares, proveen al tiempo; las bestias de tierra conocen sus pastos y medicinas; y los peces nadan a diversas partes; todos guiados por el instinto que les dio naturaleza. Sólo el hombre es el que ha de buscar la doctrina de su vida con entendimiento tan errado y tan incierto como ya avemos mostrado.

Aunque yo no sé por qué me queixo en tan pequeños daños de nuestro entendimiento, pues siendo aquél a quien está toda nuestra vida encomendada, ha buscado tantas maneras de traernos la muerte. ¿Quién halló el hierro escondido en las venas de la tierra? ¿Quién hizo dél cuchillos para romper nuestras carnes? ¿Quién hizo saetas? ¿Quién fue el que hizo lanças? ¿Quién lombardas? ¿Quién halló tantas artes de quitarnos la vida sino el entendimiento, que ninguna igual industria halló de traernos la salud? Éste es el que mostró deshazer las defensas que las gentes ponen contra sus peligros; éste halló los engaños; éste halló los venenos y todos los otros males por los cuales dicen que es el hombre el mayor daño del hombre.

Otras cosas yo diría de aquesta parte del alma si no me pareciese que esto basta para su condenación. Y pues ella es la guía a quien las otras siguen, no sería menester de la voluntad dezir nada, pues no puede ser más concertada, que es sabio su maestro; mas por mayor declaración de la intención que tengo, diré también las cosas que della siento.

Está la voluntad, como bien sabéis, entre dos contrarios enemigos que siempre pelean por ganarla: éstos son la razón y el apetito natural. La razón, de una parte, llama la voluntad a que siga la virtud y le muestra a tomar fuerza y rigor para acometer cosas difíciles; y, de otra parte, el apetito natural con deleite la ablanda y la distrae. Agora, pues, ved cuál es más fácil cosa: ¿apartarse ella de su natural a mantener perpetua guerra, en obediencia de cosa tan áspera como es la razón y sus mandamientos; o seguir lo que naturaleza nos aconseja yendo tras nuestras inclinaciones, las cuales detener es obra de mayor fuerza que nosotros podemos alcanzar?

Principalmente que nuestros apetitos naturales nunca dexan de combatirnos, y la razón muchas veces dexa de defendernos. A todas horas nos requiere la sensualidad con sus viles deleites, mas no siempre está la razón con nosotros para amonestarnos y defendernos della, porque no sólo este cuidado tiene el entendimiento, sino también los otros de la vida; por donde, repartiéndose según las vanas necesidades que se ofrescen, es por fuerza menester que muchas veces desampare la voluntad y la dexa en medio de los que la combaten, sin que nadie le enseñe cómo se ha de defender; donde es necesario que alguna vez, o por flaqueza o por error, sea presa de los vicios. Pues cuando viene a este estado ¿qué cosa puede ser más aborrecible que el hombre? Entonces la sensualidad, con gula y pereza y otros blandos tratamientos de la carne, ciega el entendimiento; y ella arde en suzios encendimientos de luxuria. Y si

por ventura la templança natural nos resfría, como pocas vezes acontece, otros vicios ay do se va la voluntad quando de la razón se aparta: éstos son sobervia, cobdicia, invidia, enemistad y otros que ay semejantes; de do nascen las guerras, las muertes, las gravísimas perturbaciones en que traen los hombres al mundo. Agora, pues, ¡vengan esos sabios, esos que suelen tanto ensalçar el ánimo del hombre; dígnos agora do pudieron ellos hallar bien alguno entre tantos males! Todo es vanidad y trabajo lo que a los hombres pertenesce, como bien se puede ver si los consideramos en los pueblos do biven en comunidad. Allí veremos unos dellos en sus artes que dicen mecánicas estar peleando con la dureza del hierro; otros figuran piedras; otros suben pesos; otros pulen la madera, otros la lana; y otros en otros exercicios sudan y trabajan encorvados sobre sus obras, do en pequeño espacio tienen ocupados los ojos y el pensamiento.

Y verás allí otros los días y las noches del reposo ocupados en las disciplinas, con cuidado perpetuo, en las cuales pierde tanto la memoria como gana el entendimiento. Así los veréis, a los que siguen disciplinas, acabado el trabajo tomar de nuevo a él; los cuales me parece que así hazen como de Sísifo dixeron los poetas: que quantas vezes sube una piedra a la cumbre de un monte infernal, tantas vezes se le cae y toma al trabajo. Pues si ésta les pareció bastante pena para ser uno atormentado en el infierno, esos que son en la República más estimados por las disciplinas ¿qué descanso pensáis que tienen, peleando continuamente con el peso dellas, que tantas vezes se les cae de la memoria quantas lo levantan con el entendimiento?

Todos trabajan y sudan los que biven en los pueblos; y los labradores de los campos que andan fuera dellos no carescen de penas: descubiertos por los soles y las aguas, andando por las soledades a procurar el mantenimiento de los otros que biven en sus casas, como esclavos dellos, sin esperar fin o reposo alguno, mas antes toman de nuevo al trabajo por el orden mismo que tornan los años.

Pues los que gobiernan, mirad cómo no tienen ellos tampoco descanso, buscando la verdad entre las contiendas de los hombres y sus porfías, donde el hallarla es cosa de gran cuidado y gran dificultad. Quanto más que, pues el hombre que con mayor cuidado mira por sí, a gran pena puede dar en sus cosas concierto, las cuales conoce y es dellas señor, ¿cómo podrá el que gobierna concertar las vidas de tantos hombres, no sabiendo de sus intenciones nada, que ellos tienen encubiertas en sus pechos? Y si miráis la gente de guerra que guarda la república, verlos héis vestidos de hierro, mantenidos de robos, con cuidados de matar y temores de ser muertos, andando en continua mudança do los llama la fortuna, con iguales trabajos en la noche y en el día.

Así que todos estos y los demás estados de los hombres no son sino diversos modos de penar, do ningún descanso tienen ni seguridad en alguno dellos, porque la fortuna todos los confunde y los rebuelve con vanas esperanças y vanos semblantes de honras y riquezas; en las

cuales cosas, mostrando cuán fácil es y cuán incierta, a todos mete en deseos de valer tan desordenados que no ay lugar tan alto do los queramos dexar. Con estos escarnios de fortuna, cada uno aborresce su estado con cobdicia de los otros, do, si llega, no halla aquel reposo que pensava, porque todos los bienes de fortuna al desear parecen hermosos, y al gozar llenos de pena.

Así andan los hombres, atónitos, errados buscando su contentamiento donde no pueden hallarlo. Y entre tanto se les pasa el tiempo de la vida, y los lleva a la muerte con pasos acelerados, sin sentirlo. La cual nos espera encubierta, no sabemos a cuál parte de la vida, mas bien vemos que jamás estamos tan seguros della que no podamos tenerla muy cierta. A vezes se nos esconde do menos sospecha ay; y otras vezes la hallamos do vamos huyendo della; unas vezes lleva al hombre en la primera edad, y entonces es piadosa, pues le abrevia el curso de sus trabajos; otras vezes, que es cruel, lo saca de entre los deleites de la edad entera, cuando ya ha cobrado a la vida grande amor. Mas pongamos que la muerte dexé al hombre hazer el curso natural: la más luenga vida ¿no vemos cuán breve pasa?

La niñez en breves días se nos va, sin sentido; la mocedad se pasa mientras nos instruimos y componemos para bivar en el mundo; pues la juventud pocos días dura, y éstos en pelea que con la sensualidad entonces tenemos, o en damos por vencidos della, que es peor. Luego viene la vejez, do en el hombre comiençan a hazerse los aparejos de la muerte. Entonces el calor se resfría; las fuerças lo desampan; los dientes se le caen, como poco necesarios; la carne se le enxuga y las otras cosas se van parando tales cuales han de estar en la sepultura. Hasta que el fin llega bolando, con calas, a quitarle de sus dulces miserias, y aún allí en la despedida lo afligen nuevos males y tormentos.

Allí le vienen dolores crueles, allí turbaciones; allí le vienen suspiros con que mira la lumbre del cielo que va ya dexando, y con ella los amigos y parientes y otras cosas que amava, acordándose del eterno apartamiento que dellas ha de tener. Hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables en que el alma los dexa retraída a despedirse del seso y el corazón y las otras partes principales do, en secreto, solía ella tomar sus placeres. Entonces muestra bien el sentimiento que haze por su despedida, estremesciendo el cuerpo y, a vezes, poniéndolo en rigor con gestos espantables en la cara, do se representan las crudas agonías en que dentro anda entre el amor de la vida y temor del infierno; hasta que la muerte con su cruel mano la desase de la entrañas. Así fenescé el miserable hombre, conforme a la vida que antes pasó.

Aquí pudiera, Dinarco, poner fin a ésta mi habla pues he traído el hombre hasta el punto donde desvanescé, si no viera que me queda nueva pelea con la fama, vana consoladora de la brevedad de nuestra vida. Ésta toman muchos por remedio de muerte, porque dizen que da eternidad a las mejores partes del hombre, que son el nombre y la gloria de los hechos, los cuales quedan en memoria de las gentes que es, según dizen, la vida verdadera. Donde claro muestran los hombres su gran vanidad, pues esperan el bien para cuando no han de tener

sentido. ¿Qué aprovecha a los huesos sepultados la gran fama de los hechos? ¿Dónde está el sentido? ¿Dónde el pecho para rescebir la gloria? ¿Dó los ojos? ¿Dó el oír con que el hombre coge los frutos de ser alabado? Los cuerpos en la sepultura no son diferentes de las piedras que los cubren: allí yazen en tinieblas, libres de bien y mal, do nada se les da que ande el nombre bolando con los aires de la fama. La cual es tan incierta, que a la fin mezcla la verdad con fábulas vanas, y quita de ser conocidos los defunctos por los nombres que tenían. Las memorias de los grandes hombres troyanos y griegos, con la antigüedad están así corrompidas, que ya por sus nombres no conoscemos los que fueron, sino otros hombres fingidos que han hecho en su lugar, con fábulas, los poetas y los historiadores, con gana de hazer más admirables las cosas. Y aunque digan la verdad, no escriben en el cielo incorruptible, ni con letras inmutables; sino escriben en papel, con letras que, aunque en él fueran durables, con mudança de los tiempos a la fin se desconocen. Las letras de egipcios y caldeos, y otros munchos que tanto florescieron, ¿quién las sabe? ¿Quién conoce agora los reyes, los grandes hombres que a ellas encomendaron su fama?

Todo va en olvido, el tiempo lo borra todo. Y los grandes edificios que otros toman por socorro para perpetuar la fama, también los abate y los iguala con el suelo. No ay piedra que tanto dure, ni metal, que no dure más el tiempo, consumidor de las cosas humanas. ¿Qué se ha hecho de la torre fundada para subir al cielo? Los fuertes muros de Troya; el templo noble de Diana; el sepulchro de Mauseolo; tantos grandes edificios de romanos de que apenas se conocen las señales donde estaban, ¿qué son hechos? Todo esto se va en humo, hasta que toman los hombres a estar en tanto olvido como antes que nasciesen, y la misma vanidad se sigue después que primero avía.

Hasta aquí, Dinarco, me ha parecido dezir del hombre; agora yo lo dexo a él y su fama enterrados en olvido perdurable. Yo no sé con qué razones tú, Antonio, podrás resucitarlo. Dale vida, si pudieres, y consuelo contra tantos males como has oído, que si tú así lo hizieres, yo seré vencido de buena gana, pues tu victoria será gloria para mí, que me veré constituido en más excelente estado que pensava.

ANTONIO.- Considerando señores, la composición del hombre -de quien oy he de decir-, me parece que tengo delante los ojos la más admirable obra de cuantas Dios ha hecho, donde veo no solamente la excelencia de su saber más representada que en la gran fábrica del cielo, ni en la fuerça de los elementos, ni en todo el orden que tiene el universo; mas veo también como en espejo claro el mismo ser de Dios y los altos secretos de su Trinidad.

Parte desto vieron los sabios antiguos con la lumbre natural, pues que puestos en tal contemplación dixo Trimegisto que gran milagro era el hombre, do cosas grandes se veían; y Aristóteles creyó que era el hombre el fin a quien todas las cosas acatan, y que el cielo tan excelente y las cosas admirables que dentro de sí tiene, todas fueron reduzidas a que el hombre tuviese vida, sin el cual todas

parecían inútiles y vanas. Sólo Epicuro se quejaba de la naturaleza humana, que le parecía desierta de bien y afligida de muchos males, alegando tales razones que me parece que tú, Aurelio, lo has bien en ellas imitado; por lo cual le parecía que este mundo universal se regía por fortuna, sin providencia que dentro dél anduviese a disponer de sus cosas. Mas de cuánto valor sea la sentencia de Epicuro, ya él lo mostró cuando antepuso el deleite a la virtud. Yo no quisiera que aprobara al hombre quien a la virtud condena basta que lo aprueven aquéllos que con alto juicio saben que al artífice haze grave injuria quien reprueba su obra más excelente. Dios fue el artífice del hombre y por eso, si en la fábrica de nuestro ser uviese alguna falta, en Él redundaría más señaladamente que de otra obra alguna, pues nos hizo a su imagen para representarlo a él. Si en la figura pintada de algún hombre se nos muestra uviese alguna fealdad, ésta atribuiríamos a cuya es la imagen, si creemos que fue hecha con verdadera semejança; pues así las faltas de naturaleza humana, si algunas uviese, pensaríamos que en Dios estuviesen, pues ninguna cosa ay que tan bien represente a otra como a Dios representa el hombre.

En el ánima lo representa más verdaderamente; la cual es incorruptible y simplicísima, sin composición alguna, toda en un ser como es Dios, y en este ser tres poderíos tiene con que representa la divina Trinidad. El Padre, soberano principio universal de donde todo procede, en contemplación de su divinidad engendra al Hijo, que es su perfecta imagen; la cual Él amando, y siendo della amado, procede el Espíritu Sancto como vínculo de amor. Así con gran semejança el ánima nuestra, contemplando, engendra su verdadera imagen, y conociéndose por ella, produce amor. Desta manera, con su memoria, con que haze la imagen; y con el entendimiento, que es el que usa della; y con la voluntad, adonde mana el amor, representa a Dios: no sólo en esencia, sino también en Trinidad.

Por lo cual en la creación del mundo, aviendo hecho la Sagrada Escritura mención de Dios con nombre de Uno, cuando uvo de criarse el hombre refiere que dixo Dios: hagamos el hombre a nuestra imagen y semejança; así que se declaró ser muchas personas en aquel paso do hacía la imagen dellas. Y no sin causa dobló la palabra quando dixo imagen y semejança, porque la imagen es de la esencia, y la semejança es del poder y del oficio: que así como Dios tiene en su poderío la fábrica del mundo, y con su mando la gobierna, así el ánima del hombre tiene el cuerpo subjecto, y según su voluntad lo mueve y lo gobierna; el cual es otra imagen verdadera de aqueste mundo a Dios subjecto. Porque, como son estos elementos de que está compuesta la parte baxa del mundo, así son los humores en el cuerpo humano, de los cuales es templado. Y como veis el cielo ser en sí puro y penetrable de la lumbre, así es en nosotros el leve espíritu animal, situado en el cerebro y de allí a los sentidos derivado, por do se rescibe lumbre y vista de las cosas de fuera. Por donde es manifiesto ser el hombre cosa universal que de todas participa: tiene ánima a Dios semejante, y cuerpo semejante al mundo; bive como planta, siente como bruto y entiende como ángel. Por lo cual bien

dixeron los antiguos que es el hombre menor mundo cumplido de la perfección de todas las cosas. Como Dios, en sí tiene perfección universal; por donde otra vez somos tornados a mostrar cómo es su verdadera imagen. Y pues es así que los príncipes, cuando mandan esculpirse, hazen que se busque alguna piedra excelente, o se purifique el oro para hazer la figura según su dignidad, creíble cosa es que, cuando Dios quiso hazer la imagen de su representación, que tomaría algún excelente metal, pues en su mano tenía hazerla de cual quisiese. Mas la causa por que la puso en la tierra, siendo tan excelente, oiréis agora.

Los antiguos fundadores de los pueblos grandes, después de hecho el edificio, mandavan poner su imagen esculpida en medio de la cibdad, para que por ella se conociese el fundador; así Dios, después de hecha la gran fábrica del mundo, puso al hombre en la tierra, que es el medio dél, porque en tal imagen se pudiese conocer quién lo había fabricado. Mas no quiso que fuese aquí como morador, sino como peregrino desterrado de su tierra, y, como dize San Pablo, caminando para Dios nuestra tierra es en el cielo; mas púsonos Dios acá, en el profundo, para que se vea primero si somos merescedores della.

Porque como el hombre tiene en sí natural de todas las cosas, así tiene libertad de ser lo que quisiere: es como planta o piedra puesto en ocio; y si se da al deleite corporal es animal bruto; y si quisiere es ángel hecho para contemplar la cara del padre; y en su mano tiene hazerse tan excelente que sea contado entre aquellos a quien dixo Dios: dioses sois vosotros. De manera que puso Dios al hombre acá, en la tierra, para que primero muestre lo que quiere ser, y si le plazen las cosas viles y terrenas, con ellas se queda perdido para siempre y desamparado; mas si la razón lo ensalça a las cosas divinas, o al deseo dellas y cuidado de gozarlas, para él están guardados aquellos lugares del cielo que a ti, Aurelio, te parescen tan ilustres. Y Dios no nos los defiende; mas antes viendo él que los tuvimos perdidos, embió a su unigénito hijo a juntarse con nosotros en nuestra misma carne, para que con su sangre nos abriese las puertas del cielo, cerradas primero a nuestros viles pecados, y nos mostrase los caminos de ir a ellas.

Los ángeles que Dios tuvo cabe sí, cuando dellos fue ofendido, los apartó y los echó en tinieblas sin remedio para siempre; y al hombre quiso tanto que, aviéndose perdido con sobervio deseo de sabiduría, vino a él como a hijo más querido y no solamente le perdonó, mas limpióle los ojos de su ceguedad y mostró cuán excelente ser y cuán bastante le avía dado, pues él no se desdeñava de juntar la naturaleza humana con su misma deidad, para que conociese el hombre cuán mal avía hecho en menospreciar su estado. Y con todo esto, para darle claro testimonio del amor que le tenía, sufrió por él injurias, sufrió trabajo, sufrió persecución, y a la fin sufrió enclavar sus miembros en el leño de la Cruz; y vertió la sangre de su corazón con que nos tornó a heredar de su sancto reino, de do por nuestros pecados nos avía desheredado.

Agora, pues, ¿quién será osado de aborrescer al hombre, pues lo quiere Dios por hijo y lo tiene tan mirado? ¿Quién osará dezir mal

de la hermosura humana? ¿De quién anda Dios tan enamorado que por ningunos desvíos ni desdenes ha dexado de seguirla? Guardaos, los que esto dezís, de ofender más a Dios en culparle la obra que él ha juzgado digna de ser guardada con tanta perseverancia y tanto sufrimiento, que las cosas por do vuestra culpa os engaña a menospreciar el hombre agora veréis que son con más amor hechas que agradescimiento.

El cuerpo humano, que te parecía, Aurelio, cosa vil y menospreciada, está hecho con tal arte y tal medida, que bien parece que alguna grande cosa hizo Dios cuando lo compuso. La cara es igual a la palma de la mano; la palma es la novena parte de toda la estatura, el pie es la sexta y el cobdo la cuarta; y el ombligo es el centro de un círculo que pasa por los extremos de las manos y los pies estando el hombre tendido abiertas piernas y braços. Así que tal compostura y proporción, cual no se halla en los otros animales, nos muestra ser el cuerpo humano compuesto por razón más alta. El cual puso Dios enhiesto, sobre pies y piernas de hechura hermosa y conveniente, porque pudiese contemplar el hombre la morada del cielo para donde fue criado. A los otros animales puso baxos y inclinados a la tierra para buscar sus pastos y cumplir con un solo cuidado que del vientre tienen. Y aunque a estos los cubrió todos de pieles y de lanas, al hombre no cubrió sino sola la cabeça, mostrando que sola la razón que en ella mora uvo menester amparo y, ella proveída, daría a las otras partes bastante provisión.

Agora miremos la excelencia de su cara. La frente soberana, do el ánima representa sus mudanças y aficiones, ¿cuán hermosa, cuán patente? Debaxo della están puestos los ojos, como ventanas muy altas del alcaçar de nuestra alma, por do ella mira las cosas de fuera; no llanos ni hundidos, mas redondos y levantados, porque estuviesen tomados a diversas partes y pudiesen juntamente de todas ellas rescebir las imágenes que vienen. Los oídos están en ambos lados de la cabeça, para coger los sonidos que de todas partes vienen. La nariz está puesta en medio de la cara, como cosa muy necesaria para su hermosura, por do el hombre respira, para evitar la fealdad de traer la boca abierta; y por ella rescebimos el olor, y ella es la que tiempla el órgano de la boz. Debaxo de la cual sucede la boca, que entre labios colorados muestra dentro sus blancos dientes, que son colores mezclados cuales pertenescen a muncha hermosura; y ella es la puerta por do entra nuestra vida, que es el mantenimiento de que nos substentamos, y la puerta por do salen los mensajes de nuestra alma, publicados con nuestra lengua, que mora dentro en la boca como en casa bien proveída de lo que ha menester. Allí tiene por dónde la boz le venga del pecho y, después de rescebida, tiene dientes, tiene labios y los otros instrumentos con que la puede formar. ¿Quién podría agora explicar bien claramente las excelentes obras que la lengua haze en nuestra boca? Unas vezes rigiendo la boz por números de música, con tanta suavidad, que no sé cuál puede ser otro mayor deleite de los lícitos humanos; otras vezes mostrando las razones de las cosas, con tanta fuerça, que despierta la ignorancia, enmienda la maldad, amansa las

iras, concierta los enemigos y da paz a las cosas conmovidas en furor.

Grandes son los milagros de la lengua, la cual, sola, es bien bastante para honrar todo el cuerpo; mas hablemos agora de las otras partes, porque a todas demos la dignidad que les pertenesce. La barba y las mexillas son no solamente para firmeza y capacidad de lo que contienen, sino también para singular hermosura que con ellas tiene la cara del hombre. El cuello, ya lo vemos cómo es flexible para traer en torno la cabeça a considerar todas las partes que cerca de sí tiene. El pecho está debaxo, más tendido que en los otros animales, como capaz de mayores cosas; en el cual no solamente obró Dios proveyendo a la necesidad natural, sino también a la hermosura, pues puso en el varón, de ambas partes, pequeñas tetas no para más de adornar el pecho.

De sus lados más altos salen los braços, en cuyos extremos están las manos, las cuales, solas, son miembros de mayor valor que quantos dio naturaleza a los otros animales. Son éstas en el hombre siervas muy obedientes del arte y de la razón, que hazen cualquiera obra que el entendimiento les muestra en imagen fabricada. Éstas, aunque son tiernas, ablandan el hierro y hazen dél mejores armas para defenderse que uñas ni cuernos; hazen dél instrumentos para compeler la tierra a que nos dé bastante mantenimiento, y otros, para abrir las cosas duras y hazerlas todas a nuestro uso. Éstas son las que aparejan al hombre vestido, no áspero ni feo cual es el de los otros animales, sino cual él quiere escoger. Éstas hazen moradas bien defendidas de las injurias de los tiempos; éstas hazen los navíos para pasar las aguas; éstas abren los caminos por donde son ásperos, y hazen al hombre llano todo el mundo. Éstas doman los brutos valientes; éstas traen los toros robustos a servir al hombre, abaxados sus cuellos debaxo del yugo; éstas hazen a los cavallos furiosos sufrir ellos los trabajos de nosotros; éstas cargan los elefantes; éstas matan los leones; éstas enlazan los animales astutos; éstas sacan los peces del profundo de la mar, y éstas alcançan las aves que sobre las nuves buelan. Éstas tienen tanto poderío, que no ay en el mundo cosa tan poderosa que dellas se defienda. Las cuales no tienen menos bueno el parescer que los hechos.

Agora, pues, si bien contempláis, veréis al hombre compuesto de nobles miembros y excelentes, do nadie puede juzgar cuál cuidado tuvo más su artífice: de hazerlos convenientes para el uso, o para la hermosura. Por lo cual, los pintores sabios en ninguna manera se confían de pintar al hombre más hermoso que desnudo; y también naturaleza lo saca desnudo del vientre, como ambiciosa y ganosa de mostrar su obra tan excelente sin ninguna cobertura. Que si el hombre sale llorando, no es porque sea aborrescido de naturaleza o porque este mundo no le sirva, sino es, como bien dixiste tú, Aurelio, porque no se halla en su verdadera tierra. ¿Quién es natural del cielo?, ¿en qué otro lugar se puede hallar bien, aunque sea bien tratado según su manera? El hombre es del cielo natural, por eso no te maravilles si lo ves llorar estando fuera dél.

Ni pienses tampoco que es menos bien obrado dentro de su cuerpo que has visto por de fuera; antes sus partes interiores son de mayor artificio, de las cuales yo no hablo agora, con miedo que la Filosofía no me desvíe muy lejos de mi fin. Pero diré a lo menos a lo que tú me provocas que en la pelea de contrarias calidades, y en la multitud de venas y fragilidad de huesos, o no ay tanto peligro como tú representaste o, si es así, en ello se muestra qué cuidado tiene de nosotros Dios, pues entre peligros tan ciertos nos conserva tantos días. Y lo que tú dizes que hacemos a todas las cosas fuerza para bivar nosotros, vanas querellas son, pues todas las cosas mundanas vienen a nuestro servicio no por fuerza, sino por obediencia que nos deven. ¿No has oído en los cantares de David, donde por el hombre dize, hablando con Dios: Ensalzástelo sobre las obras de tus manos, todas las cosas pusiste debaxo de sus pies: ovejas y vacas y los otros ganados, las aves del cielo y los peces de la mar? Esto dize David, y pues Dios es señor universal, él nos pudo dar sus criaturas, y dadas, nosotros usar dellas según requiere nuestra necesidad. Las cuales no resciben injuria cuando mueren para mantener la vida del hombre, mas vienen a su fin para que fueron criadas.

De las cosas que ya dichas tengo puedes conocer, Aurelio, que no es el hombre desamparado de quien el mundo gobierna, como tú dixiste; mas antes bastecido más que otro animal alguno, pues le fueron dados entendimiento y manos para esto bastantes, y todas las cosas en abundancia de que se mantuviese. Agora quiero satisfazerte a lo que tú querías dezir: que estas cosas mejor fuera que sin trabajo las alcançara, que no buscadas con tanto afán, y guardadas con tanto cuidado.

Si bien consideras, hallarás que estas necesidades son las que ayuntan a los hombres a bivar en comunidad, de donde cuánto bien nos venga, y cuánto deleite, tú lo ves, pues que de aquí nascen las amistades de los hombres y suaves conversaciones; de aquí viene que unos a otros se enseñen, y los cuidados de cada uno aprovechen para todos. Y si nuestra natural necesidad no nos ayuntara en los pueblos, tú vieras cuáles anduvieran los hombres: solitarios, sin cuidado, sin doctrina, sin exercicios de virtud, y poco diferentes de los brutos animales; y la parte divina, que es el entendimiento, fuera como perdida, no teniendo en qué ocuparse. Así que lo que nos parece falta de naturaleza, no es sino guía que nos lleva a hallar nuestra perfección.

Cuanto más que, aunque estos bienes alcançáramos sin nuestras necesidades naturales, los hombres son tan diversos en voluntades, que no era cosa conveniente que Dios les diese más de instrumentos para que cada uno se proveyese de las cosas según su apetito. Así que esta incertidumbre en que Dios puso al hombre responde a la libertad del alma: unos quieren vestir lana, otros lienço, otros pieles; unos aman el pescado, otros la carne, otros las frutas. Quiso Dios cumplir la voluntad de todos haziéndolos en estado en que pudiesen escoger, y pues es así, no devemos tener por aspereza lo que Dios nos concedió como a hijos regalados. Dime agora tú,

Aurelio, si Dios te hiziera con cuernos de toro, con dientes de javalí, con uñas de león, con pellejo lanudo, ¿no te parece que con estas provisiones que alabas en los otros animales te hallaras tan desproveído, según tu voluntad, que con ellas otra cosa no desearas más que la muerte? Pues si así es, no te quexes de la naturaleza humana, que todas las cosas imita y sobrepuja en perfección.

Solamente veo que no pudo el hombre imitar las alas de las aves, lo cual me parece que nos fue prohibido con admirable providencia, porque de las alas no les viniera tanto provecho a los buenos como de los malos les viniera daño. No tenemos qué hazer en los aires; basta que la tierra do bivimos la podamos andar toda, y pasar los mares, que atajan los caminos.

Gran cosa es el hombre, y admirable. El cual quiso Dios que con munchas tardanças convaliesciese después de nascido, dándonos a entender la grande obra que en él hazía. Bien vemos que los grandes edificios en unos siglos comiençan, y en otros se acaban; pues así Dios da perfección al hombre en tan largos días, aunque en un momento pudiera hazerlo, porque por semejança de las cosas que nuestras manos hazen conozcamos ésta su obra. La cual para bien ver, tiempo es ya que entremos dentro a mirar el alma que mora en este templo corporal. La cual, como Dios, que aunque en todo el mundo mora, escogió la parte del cielo para manifestar su gloria, y la señaló como lugar propio -según que nos mostró en la oración que hazemos al Padre-, y de allí embía los ángeles y gobierna el mundo, así el ánima nuestra, que en todo lo imita, aunque está en todo el cuerpo, y todo lo rige y mantiene, en la cabeça tiene su asiento principal donde haze sus más excelentes obras. Desde allí ve y entiende, y allí manda; desde allí embía al cuerpo licuores sutiles que le den sentido y movimiento; y allí tienen los niervos su principio, que son como las riendas con que el alma guía los miembros del cuerpo. Bien conozco que, así el cerebro como las otras partes do principalmente el alma está, son corruptibles y resciben ofensas -como tú, Aurelio, nos mostravas-; pero esto no es por mal del alma, antes es por bien suyo, porque con tales causas de corrupción es disoluble destos miembros para bolar al cielo do es -como ya he dicho- el lugar suyo natural. Por eso hablemos agora del entendimiento, que tú tanto condenas.

El cual para mí es cosa admirable cuando considero que aunque estamos aquí -como tú dixiste- en la hez del mundo, andamos con él por todas las partes: rodeamos la tierra, medimos las aguas, subimos al cielo, vemos su grandeza, contamos sus movimientos y no paramos hasta Dios, el cual no se nos esconde. Ninguna cosa ay tan encubierta, ninguna ay tan apartada, ninguna ay puesta en tantas tinieblas, do no entre la vista del entendimiento humano para ir a todos los secretos del mundo; hechas tiene sendas conocidas, que son las disciplinas, por do lo pasea todo. No es igual la pereza del cuerpo a la gran ligereza de nuestro entendimiento, ni es menester andar con los pies lo que vemos con el alma. Todas las cosas vemos con ella, y en todas miramos, y no ay cosa más estendida que es el hombre que, aunque parece encogido, su entendimiento lo

engrandesce. Éste es el que lo iguala a las cosas mayores; éste es el que rige las manos en sus obras excelentes; éste halló la habla con que se entienden los hombres; éste halló el gran milagro de las letras, que nos dan facultad de hablar con los absentes y de escuchar agora a los sabios antepasados las cosas que dixeron. Las letras nos mantienen la memoria, nos guardan las ciencias y, lo que es más admirable, nos estienden la vida a largos siglos, pues por ellas conoscemos todos los tiempos pasados, los cuales bivar no es sino sentirlos.

Pues, ¿qué mal puede aver, dezidme agora, en la fuente del entendimiento, de donde tales cosas manan? Que si parece turbia -como dixo Aurelio-, esto es en las cosas que no son necesarias en que, por ambición, se ocupan algunos hombres, que en las cosas que son menester lumbre tiene natural con que acertar en ellas; y en las divinas secretas Dios fue su maestro. Así que Dios hizo al hombre recto, mas él, como dize Salomón, se mezcló en vanas cuestiones. Para ver las cosas de nuestra vida no nos falta lumbre, y en éstas, si queremos, acertamos; y las mayores tinieblas para el entendimiento son la perversa voluntad. Así está escrito que en el ánima malvada no entrará sabiduría. No es luego falta de entendimiento caer en errores, sino de nuestros vicios, que lo ciegan y lo ensuzian. Los cuales si evitamos, y seguimos la virtud, tenemos la vista clara y nunca erramos, como quien anda por camino manifiesto; mas si andamos en maldades, ay por ellas tantas sendas, y tan escondidas, que ni pueden conocerse, ni era cosa justa que diese Dios lumbre para andar en ellas. Aquí son los desvanescimientos del hombre; aquí los errores, entre los cuales yo no cuento las armas como tú, Aurelio, que pues avía de aver malos, buenas fueron para defendemos dellos. No ay cosa tan buena que el uso no pueda hazerla mala: ¿qué cosa ay mejor que la salud? Pero ésta, como ves, munchas vezes es el fundamento de seguir los vicios. Quien de aquesta usa según virtud lo amonesta, buena joya tiene; así pues, las armas con mal uso se hazen malas, que ellas en sí buenas son para defenderse de las bestias impetuosas y los hombres que les parecen. Por lo cual cesen, Aurelio, tus quejas del entendimiento, no parezcas a Dios desagradecido de tan alto don, y agora escucha la gran excelencia de nuestra voluntad.

Ésta es el- templo donde a Dios honramos, hecha para cumplir sus mandamientos y merescer su gloria; para ser adornada de virtudes y llena del amor de Dios y del suave deleite que de allí se sigue. La cual nunca se halla del entendimiento desamparada, como piensas, porque él, como buen capitán, la dexa bien amonestada de lo que deve hazer cuando della se aparta a proveer las otras cosas de la vida; y los vicios que la combaten no son enemigos tan fuertes que ella no sea más fuerte, si quiere defenderse. Esta guerra en que bive la voluntad, fue dada para que muestre en ella la ley que tiene con Dios. De la cual guerra no te debes quejar, Aurelio, pues a los fuertes es deleite defenderse de los males; porque no son tan grandes los trabajos que son menester para vencer, como la gloria del vencimiento. Cuanto más que, pues los antiguos romanos solían

pelear en regiones estrañas, y pasar gravísimos trabajos por alcanzar en Roma un día de triunfo con vanagloria mundana, ¿por qué nosotros no peharemos de buena gana dentro de nosotros con los vicios, para triunfar en el cielo con gloria perdurable?

Principalmente pues tenemos los sanctos ángeles en la pelea por ayudadores nuestros, como San Pablo dize, que son embiados para encaminar a la gloria los que para ella fueron escogidos.

Y no te espantes, Aurelio, si el hombre corrompido de vicios es cosa tan mala como representaste, porque es como la vihuela templada, que haze dulce armonía, y, cuando se destiempla, ofende los oídos. Si el hombre se tiempla con las leyes de virtud, no ay cosa más amable; mas si se destiempla con los vicios, es aborrescible, y tanto más cuanto las faltas más feas parecen en lo más hermoso. Y esto basta, me parece, para que tú, Aurelio, sientas bien de las dos partes del alma. Agora veamos los estados de los hombres y sus exercicios, de que tanto te quejas.

Los artífices que biven en las cibdades no tienen la pena que tú representavas, mas antes singular deleite en tratar las artes, con las cuales explican lo que en sus almas tienen concebido. No es igual el trabajo de pintar una linda imagen, o cortar un lindo vaso, o hazer algún edificio, al plazer que tiene el artífice después de verlo hecho. ¿Cuánto más te parece, Aurelio, que sería mayor pena que alguno en su entendimiento considerase alguna excelente obra, como fue el navío para pasar los mares, o las armas para guardar la vida, si en sí no tuviese manera de ablandar el hierro, hender los maderos, y hazer las otras cosas que tú representas como enojos de la vida? Paréceme a mí que en mayor tormento biviera el hombre, si las cosas usuales que viera con los ojos del entendimiento no pudiera alcanzarlas con las manos corporales. Por eso no condenes tales exercicios como son éstos del hombre, antes considera que, como Dios es conocido y alabado por las obras que hizo, así nuestros artificios son gloria del hombre que manifiestan su valor. Agora el orden por donde tú, Aurelio, me guiaste, requiere que diga del estado de los hombres letrados; do primero escucha lo que dixo Salomón en sus Proverbios: Bienaventurado es el que halló sabiduría y abunda de prudencia; mejor es su ganancia que la de oro y plata, y todas las cosas excede que se pueden desear. ¡Gran cosa es, Aurelio, la sabiduría, la cual nos muestra todo el mundo, y nos mete a lo secreto de las cosas, y nos lleva a ver a Dios, y nos da habla con Él y conversación, y nos muestra las sendas de la vida! Ésta nos da en el ánimo templança; ésta alumbra el entendimiento, concierta la voluntad, ordena al mundo, y muestra a cada uno el oficio de su estado; ésta es reina y señora de todas las virtudes; ésta enseña la justicia y tiempla la fortaleza; por ella reinan los reyes y los príncipes gobiernan; y ella halló las leyes con que se rigen los hombres. Donde puedes ver, Aurelio, cuán bien empleado sería cualquier trabajo que por ella se tomase.

Por eso no compares los sabios a Sísifo infernal, aunque los veas munchas vezes tomar a aprender de nuevo lo que tienen sabido, mas antes los compara a los amadores de alguna gran hermosura, cuyo

deleite de verla recrea el trabajo de seguirla. ¡O alta sabiduría, fuente divina de do mana clara la verdad; do se apascientan los altos entendimientos! ¡Qué maravilla es, pues eres tan dulce, que tomemos a ti munchas vezes con sed? ¡Más me maravillaría yo si quien te uviese gustado nunca a ti tomase, aunque tuviese en el camino todos los peligros de su vida! Cuanto más que ni los ay, ni trabajos algunos de los que tú dezías, sino fácil entrada y suave perseverancia. El camino de ir a ella es el deseo de alcançarla, y presto se dexa ver de quien con amor la busca; pero hágote saber que el amor de ésta es el temor de Dios, que limpia los ojos de nuestro entendimiento y esclarece la lumbre que para conoscer el bien y el mal Dios nos dio. Y ésta es la lumbre por quien dixo Salomón: Quien con la lumbre velare para aver sabiduría no trabaje, que a su puerta la hallará sentada, queriendo dezir que muy cerca está la sabiduría de quien la mira con ojos claros del entendimiento, limpios, con amor y deseo de servir a Dios. Los que la buscan en medio las tinieblas de sus pecados, no es maravilla que la vean como sombra, y que no puedan asirla, y en vano trabajen para tenerla. Aunque bien confieso que es algo lábil nuestra sciencia, de cu quier manera que la ayamos alcançado, y no tanto como tú dixiste, Aurelio, pero esto es porque deseemos el asiento en ella, y el perfecto entendimiento cual es el de la gloria que Dios nos tiene aparejada. No era cosa conveniente que aquí, do somos peregrinos, tuviésemos tales cumplimientos como en nuestro natural, sino solamente tales muestras de lo que ay allá, que nos encendamos en deseo de no errar el camino por do avemos de ir.

Con esto me parece, Aurelio, que los sabios están en salvo, fuera del peligro de ser por tus razones su estado condenado. Los que labran los campos, que pusiste tras estos, no son tales como nos mostravas. Tú dezías que son esclavos de los que moramos en las cibdades, y a mí no me parecen sino nuestros padres, pues que nos mantienen; y no solamente a nosotros, sino también a las bestias que nos sirven, y a las plantas que nos dan fructo. Grande parte del mundo tiene vida por los labradores, y gran galardón es de su trabajo el fructo que dél sacan. Y no pienses que son tales sus afanes cuales te parecen: que el frío y el calor que a nosotros nos espantan, por la muncha blandura en que somos criados, a ellos ofenden poco, pues para sufrirlos han endurecido, y en los campos abiertos tienen mejores remedios que nosotros en las casas, pues con sus exercicios no sienten el frío, y del calor se recrean en las sombras de los bosques, do tienen por camas los prados floridos, y por cortinas los ramos de los árboles. Desde allí oyen los ruiñeños y las otras aves, o tañen sus flautas, o dizen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de valer más atormentadores de la vida humana que frío ni calor; allí comen su pan, que con sus manos sembraron, y otra cualquier vianda de las que sin trabajo se pueden hallar, dichosos con su estado, pues no ay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta. Así biven en sus soledades, sin hazer ofensa a nadie y sin resebirla, donde alcançan no más entendimiento de las cosas que es menester para gozarlas.

Dexémoslos, pues, agora en su reposo, y veamos el estado de los que gobiernan si es tal como tú, Aurelio, dixiste.

Éstos tienen poderío, que recibieron de Dios para gobernar el pueblo, con el cual libran los buenos de las injurias de los malos, amparan las viudas, sostienen los huérfanos, y dan libertad a los pobres y ponen freno a los poderosos; procuran la paz y, avida, la guardan; dan a todos sosiego y segura posesión de sus bienes. Así parece el que gobierna ánima del pueblo, que todas sus partes tiene en concierto, y a todas da vida con regimiento; el cual, si faltase, toda la república se disiparía como se deshace el cuerpo cuando el ánima lo desampara. Y pues es así, noble estado es el de los que rigen, y gran dignidad; no obscuro o impedido como tú decías, Aurelio: que no pienses que por la dificultad que el hombre tiene en regirse a sí mismo, se ha de considerar la que terná en regir a muchos. Porque en las cosas propias es difícil juzgar, do se entremeten nuestras pasiones, mas en las ajenas somos libres, y podemos más claro ver lo que muestra la razón, sin que nuestros apetitos nos lo estorven; en las cuales no se puede tanto esconder la verdad que por alguna parte no resplandezca.

Tan difícil es esconder la verdad como la lumbre, a la cual, si unos rayos le quitan, otros la descubrirán; y la falsedad es difícil de sostener. La una trae osadía a juicio, y la otra viene con temor; la una se mantiene de sí misma, la otra para sostenerse ha menester gran industria; y, al fin, a la una favorece Dios, y a la otra desfavorece. Difícil cosa es que la verdad, con tanto amparo, sea vencida, y que vença la falsedad si no es por descuido o por malicia del juez; o si por divina permisión alguna vez la verdad no se conoce, y queda desfavorecida, el que della es juez no queda culpado si con amor la buscó. Si algún amigo tuyo, Aurelio, favoreciese otra persona pensando que tú eras, o la socorriese en alguna necesidad, tan en cargo le serías como si tú verdaderamente fueras: así, el juez que a la falsedad acata cuando le parece ser ella la verdad, sin tener culpa en el tal error, no menos merece que si conociendo la verdad la siguiera.

Así verás, Aurelio, cuál es el estado de los que gobiernan; agora considera cómo no es malo el oficio de los que tratan las armas. Todo el bien que has oído puede aver en la república, éstos lo guardan. Ellos son la causa de la seguridad del pueblo, por los cuales no osan los que mal nos quieren venir a perturbarnos. Ellos visten hierro, sufren hambre, sufren cansancio por no sufrir el yugo de los enemigos; y han por mejor padecer aquestas cosas, que padecer vergüenza, y sudar en los campos sirviendo a la virtud, que sudar aprisionados en servicio de sus enemigos. Si vencen, alcanzan gloria para sí y descanso para los suyos; y si mueren, siendo vencidos no han menester la vida, pues en ella no temían libertad. Cuanto más que estos espantos de hombres flacos son los deleites de hombres fuertes: sufrir las armas, andar en cercos, defender los muros o combatir con ellos, y las otras durezas de la guerra, no son pena de los animosos, sino ejercicios de virtud en los cuales se deleitan y gozan del excelente don que en su pecho tienen; las

heridas no las sienten, con el amor de buenos hechos, y su sangre dan por bien empleada cuando verterla ven por la salud de sus tierras. Entonces se juzgan ser bienaventurados cuando han hecho lo que la virtud les amonesta. No tienen en nada ver sus cuerpos llagados, o dispuestos a morir, si el ánima tiene vida sin lesión ninguna. Pero aunque es así, yo bien confieso, Aurelio, que algunos ay que carecen destas excelencias; mas es por sus vicios, no por culpa del estado, que así éste, como los otros de la vida humana de que avemos hablado, todos son tales como es la intención de quien los sigue: no ay ninguno dellos malo para los buenos, ni bueno para los malos.

El hombre que escoge estado en que bivar él y sus pensamientos, con voluntad de tratarlo como le mostrare la razón, biva contento y tiene deleite; mas el que por fuerça siguiendo uno muestra que tiene los ojos y el deseo en los otros más altos, sin templança y sin concierto, éste biva disipado y apartado de sí mismo, atormentado de lo que posee y atormentado de lo que desea. Así que nosotros tenemos libre poderío de nos hazer esentos de los escarnios de fortuna, en los cuales, quien cayere, con muncha razón será atormentado, pues él mismo se le dio; por lo qual, antes me parece que la fortuna es buena para amonestar los hombres a que cada uno se contente de su estado, que no para dar descontentamiento con deseo del ageno. Ella se declara por muchos exemplos, y no tiene la culpa de los males que tras ella se padescen, sino tiénela quien por descuido o ceguedad no los considera; y tanto más es culpado quien la sigue, cuanto más clara se conosce la vezindad que tenemos con la muerte, donde avemos de dexar el bien deste mundo, pero no con tanto tormento como tú, Aurelio, representavas.

No es tan cruel nuestra muerte, ni el alma dexa el cuerpo en aquellas agonías que dixiste pues, como sabes, en tal pelea lo primero que el hombre pierde es el sentido, sin el qual no ay dolor ni agonía: que estos gestos que vemos en los que mueren, movimientos son del cuerpo, no del alma, que entonces está adormida. Mas quiso Dios que nos pareciese comúnmente la muerte tan espantable, con señales de tormento, porque a los que la buscan con deseo de acabar sus males les pareciese que es ella otro mayor, y así cada uno antes quisiese padescer vida miserable que buscar remedio en la muerte; la qual, si nos pareciera fácil y suave, los afligidos que andan olvidados de las penas del infierno, no temiendo las del morir, dexarían la vida, y padesciera el género humano muy gran detrimento.

Así que los espantos de la muerte no son sino guardas de la vida, por la qual es verdad -como dixiste- que pasamos acelerados. Pero si tú porfías que ay tantos males en la vida, ¿qué mejor remedio pudo aver que en breve pasarlos? ¿O qué mal hallas tú en la muerte, pues es el fin de la vida, donde dizes que ay tantas aflicciones? No es la muerte mala sino para quien es mala la vida, que los que bien biven, en la muerte hallan el galardón, pues por ella pasan a la otra vida más excelente, con deseo de la qual llorava David, porque los días de su tardança le eran prolongados. San Pablo, acordándose

que le fue en revelación mostrada, siempre deseava su muerte por pasar por ella a la vida perdurable, que, como él dize, ni ojos la vieron, ni la oyeron los oídos, ni el corazón la comprehende. Mas entendemos della que Dios soberano es el fundamento de la gloria, que se descubre todo claro para que en Él apascienten sus entendimientos altos los espíritus bienaventurados, y se harten de su amor suavísimo, sin temor alguno de perder jamás tan alto bien, mas antes con esperanza de recobrar sus cuerpos, que tienen en deseo Por hallarse en aquellos mismos castillos do se defendieron de los vicios y ganaron tanta gloria.

El día postrero se los darán, no corruptibles, no graves ni enfermos, sino hechos perdurables con eterna salud y con movimiento fácil: hermosos y resplandescientes así como son las estrellas, y con todos los otros dones que les pertenescen para ser moradas donde bivan las almas a quien haze Dios aposento de su gloria. Allí se verán los buenos libres del profundo del infierno, do está la multitud de los espíritus dañados; allí se verán en los cielos, ensalzados y acompañados de los ángeles, manteniendo el entendimiento en la divina sabiduría, hartando su voluntad con amor de la gran bondad de Dios, apascentando los ojos corporales en aquella carne humana con que Dios nos quiso parescer. Y veremos en su cuerpo las señales de las heridas que sufrió, que fueron las llaves con que nos abrió el Reino donde entonces estaremos; y al fin allí, ensalzados sobre la luna y el sol y las otras estrellas, veremos cuanto viéremos, todo para crecimiento de nuestra gloria que Dios nos dará como padre liberal a hijos muy amados.

Éste es el fin al hombre constituido: no la fama ni otra vanidad alguna como tú, Aurelio, dezías; y éste es tan alto, que aunque se puede considerar cuán excelente será -pues se dará Dios al hombre en su eterna bienaventurança, como antes dezía-, sin que ya tengamos más que dezir dél, aviéndolo ensalzado Dios para tanta grandeza, tú, Dinarco, verás agora lo que te conviene juzgar del hombre conforme a la grande estima que Dios ha hecho dél.

DINARCO.- Yo no tengo más que juzgar de tenerte, Antonio, por bien agradecido en conoscer y representar lo que Dios ha hecho por el hombre; y preciar también mucho tu ingenio, Aurelio, pues en causa tan manifiesta hallaste con tu agudeza tantas razones para defenderla. Y vámonos, que ya la noche se acerca sin darnos lugar que lleguemos a la cibdad antes que del todo se acabe el día.

FIN DEL DIÁLOGO DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

